

Cernícalos del Sur

Ya las gentes de hoy, con sus líneas de costa tendidas de nuevas suecas, y azules y rojos y blancos turísticos, embebidas de marismas lejanas, han olvidado lo que era el desierto sur de Gran Canaria. Antes había como un monipodio de queso curado en esos aledaños morados, una vez pasado Telde, la Cruz de Jerez, los cardones de aquellas peñas desiertas, las bifurcaciones al aeropuerto y las montañas; barrancos como el de Silva, donde dicen que el verdadero Silva recibió la rociada de las piedras canarias, la tabonada firme, y se adentró en tierra, a pesar de ello, desde el punto de la costa -entre Hoya del Pozo y Ojo de Garza-, que aún llaman Bahía de los Castellanos.

Arriba había llanadas hasta llegar al hondo y trágico barranco. Llanadas con alfalfa muy verde o seca, llanadas blancas que podrían ser recorridas por Don Alonso el Cernícalo, con su figura corcovada, sus tos fea y profunda, sus recuerdos también de playa y monte, en los tiempos que aún verdeaban sus caricias entre montículos de arena, en las carnes sucias de aquellas payesas de rodrigón.

Don Alonso el cernícalo, quedóse aquella noche —una cualquiera— en la venta del camino, donde hay un cruzar de rutas que no conducen a ninguna parte, sobre el barranco de Silva, poblado de cernícalos, apalabradero de guirres, donde estos serios animales del aire celebran sus tagores de quebrantahuesos. Don Alonso, con su tos y todo, llegó a la amanecida sin pegar ojo.

Un perro bardino le había estado haciendo el amor a la luna de algodón hidrófilo que asomaba por encima de la cerca, como un presentimiento de calavera. El perro sólo se calmó cuando —con sus manchas rumorosas de arena insondables— la luna traspuso, tras las constelaciones que la precedían en su marcha. El cercado trasero de la casa era propicio al reposo de las necesidades perentorias y en él pretendió posarse don Alonso como un guirre más, con su humanidad tosiente y quebrada. El perro estaba atado, pero precipitóse enfurecido sobre el atareado caballero, que intentó reposar algo más allá. Pero no había caído aún, cuando el can majorero —persistente, pesado e insufrible— lo vino a levantar de nuevo. Extrañóse aún más de esto don Alonso, puesto que el perro estaba sujeto por una cadena a la carlanca, pendiente de ésta hasta el

LA ISLA

Cernícalos del Sur Arinaga "Star"

suelo, hasta que vio cómo la cadena a su vez se deslizaba sobre una verguilla que recorría toda la anchura y la longitud del predio, haciéndolo inhábil para el descanso corpóreo.

El cielo se distanciaba, cuando don Alonso logró salir del atolladero con vida, pues el perro bardino, amén de porfiado, es feroz y mal intencionado. Más allá reposaba el batallón de milicias isleñas en maniobras por el Sur, bajo la égida de los marqueses de Lanzarote y en los predios archiepiscopales de Artedara, Temisas y Agüimes. Su conversación escatófila bajo los eucaliptos del camino tomaba a estas horas su máximo vigor. Estaba harto de visitar miserias de toda la vida. Sabía las del barrio y de otras que más allá no digan dueñas, porque las mismas dueñas también lo eran. El desayuno bebido —café con leche—, el tabaco puro y el fósforo en la mano, sin encender. Don Alonso el Cernícalo empalidecía al amanecer.

A pesar de sus alternativas, de sus bajones y subidas, en su largo ser de hidalgo provinciano, su total contextura tenía aire de cernícalo del Sur. Muchas veces nos hemos preguntado si no sería él el asesinado en el célebre "crimen sin cadáver" de la Montaña número Siete. Salió, en su tiempo, con Totorota, por la Angostura, pues era buen caminador, y otras, con escopeta de dos cañones, camino de las azules palomas de las cumbres lejanas. En la ciudad es posible que también estas salidas de madrugada terminaran entre dos "guindillas" y lo acompañase el canto mal engarbiado del amanecer:

Cernícalo, queso, mal rayo te lleve
y si no me lo pagas, tú me lo debes.

Con esa ingenuidad que ponen los chicos contra los cernícalos, esperando verlos caer al solo compás de sus conjuros, don Alonso el Cernícalo cayó también: estaba borracho como siempre.

Arinaga "Star"

Un dibujo geométrico sobre el mapa del levante de Canarias. Un dibujo simple, como el rasgo de piedra de Cristino de Vera. Una topografía de azul y langosta. Es a su vez, lo que estoy haciendo, un recuerdo de Luis Alvarez Cruz y sus tertulias. Algo que ya no existe. Pero estamos ahora sentados sobre la tumba de Antonio Machado grabada por Cristino de Vera en el Castillo, bajo el parque de las chalanas,



de los lanchones aplastados, de los que me hablaba el otro día Lázaro Santana. En ningún lugar de la isla, a la revuelta del viento, en los muelles escorados de banda, podemos escapar a la presencia del mar. Sólo el paredón del bar Las Farolas nos lo impide. Un paredón de edificio moderno donde la vieja sencillez del estuco, o las persianas, de la piedra y el barro no existen, pero donde tampoco existe el moderno ventanal, en esa conquista de la arquitectura del XX que son los espacios abiertos y protegidos. Ahorro de calidad, de imaginación y de lo que hay que tener. No olvidemos que Giorgio de Chirico está considerado como surrealista. No perdamos de vista tampoco que su primer estilo está bajo la influencia de Arnold Böcklin y la filosofía de Nietzsche. Las cosas de Vera; entre los cubos del Castillo de La Luz, parecen aún más cubistas que lo que son de por sí. Simplemente realistas, de cubos de piedra sin transparencia. La guitarra de Vera no es una guitarra cubista, sino una guitarra real. Como la guitarra del guitarrero que ameniza a veces nuestros almuerzos en Arinaga. La diagonal nos inclina hacia lo desagradable. Es una raya que introduce el desequilibrio. La magia está presente, pero la transparencia está ausente de la pintura de Cristino de Vera, como está ausente de Arinaga "Star". La barra de Las Farolas es una banda internacional, si llamamos naciones diferentes a los "hijos de la noche", que hemos cumplido allí casi un ciclo completo. Por partes iguales, Arinaga es una regresión al cubismo, como quizás lo sea Cristino de Vera. Pero oculta su surrealista fondo de crustáceos, y hasta de malacostráceos, en la reserva verde de los estanques, en la reserva verde de las langostas, en las tanquetas múltiples de los centollos. Donde da la vuelta el viento de la crónica apresurada. En la región más transparente, pues las regiones del mundo se interfieren entre sí, como se superponen —en nuestra época— todos los estilos.

No cabe duda que Antonio Machado ha impresionado a Vera, en su sencillez de piedra del Moncayo. —¡Oh, viento del Moncayo! ¿Verdad, Melquiades Rico?—, y del Duero en su arco de Ballesta. Arinaga es también un arco tendido, dispuesto a disparar su viento. Su Sagitario está encerrado entre muros, se desboca por las calles, asaetea con arena los rostros, y es destino encerrado en aquel patio de casa de Guillermo, con su pasillo para plantas y su cuadrángulo, que



me recordó de pronto otro de Maracaibo: el de Rafael Cabral.

Volvamos a Machado. Cohen lo sitúa *En la tierra baldía*. Vera crea un mundo de seres y piedras baldías asaeteadas por la piqueta. Arinaga es un lugar en la geografía de Gran Canaria para aquel que le gusten las fuertes impresiones de la tierra baldía. Los antiguos baldíos del Sur. Ese Sur, tal como lo soñó Pancho Guerra en aquella obra de teatro que creo que no publicó nunca. No hay nada en estilo apocalíptico en Vera, en Machado, en Arinaga. La dureza de Vera se muestra exacta en esta piedra que aparece en sus cuadros. De piedra, como el corrido mejicano, son las camas, las tumbas, las personas. Esa objetivación de las cosas se da por igual en Arinaga, en su dintorno y en su contorno; en Manuel Machado y en Cristino de Vera. Incluso hasta la esperanza está representada por un verde pálido que castiga los ojos. Todo en Arinaga, en Vera y en Machado es una catarsis. En el poeta hay un sentimiento de culpabilidad por la muerte de Leonor. En el pin-

tor, un sentimiento de culpabilidad por no haberse prestado al fácil triunfo del informalismo. Si algo es también, además, *aindamáis*, Cristino de Vera es un impresionista. Sus colores los emplea con carácter expiatorio. Son de una tristeza infinita y sus calaveras son mucho más tristes que las calaveras reales, pues éstas —las reales— tienden a demostrar que la muerte no es tan sucia como en sus primeros instantes, y que el hueso puede ser mucho más transparente que la alegre carne cuando se le interroga desde esta duda hamletiana de Arinaga, de Machado y Cristino.

En Arinaga las risas, el vino, los amigos, encubren la tragedia del corte de la montaña, por Guayadeque, la muerte de las langostas en la superpoblación de los viveros, el humor del desierto que hay que cubrir con alcohol en las tardes color de Cristino de Vera.

ANTONIO DE LA NUEZ